

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Blanca López de Mariscal: *La escritura y el camino. Discurso de viajeros en el Nuevo Mundo*. México: Bonilla Artiga Editores 2014. 218 páginas.

El libro de la Dra. López Mariscal es un aporte interesante al tema del descubrimiento de México por parte de conquistadores, viajeros, comerciantes y espías en los primeros siglos de la presencia española en ese territorio americano. Ante todo es la experiencia del camino y luego, de la narración del mismo, que es lo que realmente nos interesa. La estudiosa mexicana reúne en su libro una serie de ensayos realizados en ocasiones varias, con una eficaz introducción de Dalia Valdez Garza, la cual pone de relieve el valor de dichos textos.

Debido a la naturaleza de este tipo de colecciones, se encuentran también algunas repeticiones, no muchas a la verdad, pero que denuncian la naturaleza de estos estudios, sin que por eso disminuya su cientificidad y el interés para un lector con competencia en la materia. Conocer cómo se ha visto e interpretado un país como México, es adentrarse en toda una serie de problemas que, a partir de la conquista, profundizan el tema de las relaciones entre Europa y el primer territorio relevante, geográfica y culturalmente, alcanzado en el continente americano.

La Dra. López de Mariscal actualiza la serie de los ensayos que presenta a través de un relevante capítulo dedicado a la tipología de los relatos de viaje, que nos proporcionan informaciones no solamente acerca del encuentro con otros habitantes y otras tierras, sino sobre el autor de la narración y “el mundo de vida” de donde procede. La preparación de la estudiosa acerca del tema es más que notable: va de la época clásica al Renacimiento; con gran compe-

tencia se ocupa de la obra de Pedro Mártir y de la de Ramusio, en sus tres tomos de las *Navigazioni et viaggi*, empresa que difunde en Europa los textos relacionados con los descubrimientos, subrayando cómo el veneciano privilegia a los descubridores italianos sobre los extranjeros.

Hay que aclarar que esta estrategia respondía a la solapada política de la República de Venecia, adversa a España. Será, en efecto, Ramusio quien condenará abiertamente, en el tercer tomo, la conducta bárbara de los conquistadores españoles contra las poblaciones indígenas. No hay que olvidar el papel político de la floreciente empresa editorial veneciana: ya en 1621 la traducción de las *Historie* del hijo de Colón, Fernando, hacía pública la denuncia contra la ingratitud del Rey Católico con su padre, personaje tan exaltado, al contrario, por el padre Las Casas.

De este último la imprenta veneciana publicaría, en 1616, *Il supplice schiavo indiano*, o sea, el *Octavo remedio*, mientras la *Istoria o brevisima relatione della distruzione dell'Indie Occidentali* aparece en 1626. Seguirán otros tratados lascasianos, pero es importante subrayar que al frente de las traducciones viene siempre el texto original, respondiendo, evidentemente, a la preocupación de la república no solo por transmitir fielmente los textos, sino por evitar complicaciones políticas por la denuncia de la conducta de los españoles en América; herir sin consecuencias.

En su tipología, la autora del libro que se reseña explica cómo, ante todo, ella va a tratar de quienes viajaban por “mandato ajeno” y, luego, de los que iban *motu proprio*, como los comerciantes, ingleses y franceses sobre todo, entre ellos algunos espías de sus naciones, piratas y bucaneros. Una trayectoria a través de la cual se

aprenden muchas cosas de relieve, partiendo de protagonismos personales y textos de relación hartos conocidos, como las *Cartas de relación* de Cortés, cuya finalidad era la exaltación de sí mismo, pero que presentan extraordinarias descripciones del territorio y especialmente de la capital mexicana; la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, reivindicación del protagonismo propio y de sus compañeros, texto al que en años recientes el estudioso francés Christian Duverger intentó quitarle la paternidad, atribuyéndosela al mismo Cortés; y, naturalmente, los *Naufragios* de Cabeza de Vaca.

El interés del libro de la Dra. López de Mariscal se afirma por una serie notable de argumentos, como la relación entre texto e imagen, cuando el relator la emplea para explicar mejor sus encuentros o con intenciones puramente ilustrativas o simbólicas, sacadas de otros textos. El papel del libro de Alciato es también estudiado. Pero más allá de la indudable doctrina que subyace al examen de las estrategias discursivas y de publicación de los textos, de la imagen y el papel de Canarias para los buques y su gente dirigidos a América —que nos abre a la condición diríamos animal de la vida a bordo—, por encima de la descripción de las reacciones frente a tormentas y temblores, con sus espantosos efectos destructivos, presentes en las relaciones de viaje, la casuística de permisos y prohibiciones para pasar a Indias, dos argumentos hacen más precioso este estudio, y son la ampliación de los conocimientos acerca de viajeros no pertenecientes a España y la condición de la mujer que se dispone a partir hacia México.

Con competencia, la autora de este libro examina el tema de la mujer a través de las cartas con las que maridos o deudos las invitaban a reunirse con ellos en el territorio americano, el estilo especial de dicha correspondencia, mezcla de afecto e interés, y toda una serie de temores que se

expresan en las advertencias para que las solicitadas esposas, hijas o hermanas lleguen a destino sin haber sufrido afrentas, dada la peligrosa presencia de individuos poco fiables en los barcos.

En el ámbito de la narración, la Dra. López de Mariscal da espacio también, como he dicho, a relaciones de viaje de franceses e ingleses, que con frecuencia tuvieron problemas con la Inquisición, fueron detenidos, juzgados y condenados, aunque hubo algunos que, de forma rocambolesca, lograron huir y fueron buscando salvación, con éxitos varios, hacia el norte del continente. La serie de textos de viaje y de aventura se amplía, así, para el territorio mexicano, con los escritos de personajes como Robert Tomson y John Chilton, ya no unos desconocidos, y con ellos, Henry Hawks, Roger Bodenham y muchos más, que la estudiosa no solamente cita, sino que profundiza en su situación a través de sus escritos, volviéndolos a una nueva vida.

Dos problemas deja abiertos la estudiosa en su libro: las posibles relaciones de viajeros que, desde Oriente, llegaron a Acapulco y viajaron por México, y la suerte de las mujeres que enviudaron al llegar a territorio mexicano: ¿cómo vivirían, y de qué? Dificilísimo resolver el primero, mientras que por el segundo es de suponer que, siendo el ‘género’ escaso, encontrarán solución con otro hombre.

Concluye el libro una investigación muy profunda acerca de los prólogos de Ramusio, un estudio sobre fray Diego de Ocaña y uno dedicado al conocido tema del tráfico y circulación de libros en ámbito mexicano: los que los religiosos o los hombres de ley se llevaban desde España; la introducción de la imprenta por el bresciano Giovanni Paoli, o Juan Pablos, en tiempos del virrey obispo Zumárraga, él mismo dueño de una gran biblioteca; y las primeras publicaciones en México. Una historia para la cual es todavía texto de referencia el estudio de Irving

Leonard *Los libros del conquistador*, al cual acude también la autora de este libro, que termina con una extensa bibliografía, en la práctica, toda una biblioteca.

Giuseppe Bellini
(*Università degli Studi di Milano*)

Trinidad Barrera (ed.): *Por lagunas y acequias. La hibridez de la ficción novohispana*. Bern: Peter Lang 2013. 323 páginas.

En este volumen editado por Trinidad Barrera se publican los resultados del Grupo de Investigación sobre Ficción Novohispana que durante tres años ha trabajado sobre un corpus textual que, a pesar de ser bastante conocido y citado, merecía sin duda algunos estudios más pormenorizados que permitieran enfocarlos bajo nuevas perspectivas.

La participación de renombrados especialistas y de jóvenes investigadores permitió, en efecto, lograr excelentes resultados con referencia a los textos elegidos, y esclarecer aspectos puntuales de los mismos. Sin embargo el resultado más relevante del conjunto de artículos resulta ser la posibilidad para el estudioso de tener un panorama coherente sobre un género de la literatura colonial que, como dice la misma Trinidad Barrera, siempre ha sido “la hermana menor de la familia” (p. 13). Si, en efecto, resulta improbable que a día de hoy las bibliotecas y los archivos nos restituyan obras imprescindibles en este campo, lo que nos hace falta es justamente la reconstrucción de un ambiente cultural al interior del cual nacieron estas obras, para comprenderlas dentro de una cartografía más completa y precisa, y esta recopilación de ensayos va justamente en esta dirección.

De hecho, hay que subrayar que, ya desde el título mismo, el tema se revela sin

escondarse detrás de ambigüedades terminológicas: se habla claramente de ficción, mostrando la voluntad de sobrepasar directamente todas las dudas que este término conlleva cuando se habla de cultura colonial. Si en efecto no se puede negar que las repetidas leyes que los reyes expeditan ya desde 1513 hayan funcionado como instrumento de control sobre la publicación de novelas —de caballería y de otra índole—, no hay duda de que numerosos textos coloniales presentan rasgos claramente “ficcional”, ya sea, como demostró Pupo-Walker, en obras de corte historiográfico o en textos, como los que estudian en el libro, que pertenecen a los géneros más diversos.

El volumen se presenta muy claramente estructurado, con una primera parte dedicada a textos menos conocidos y pertenecientes al último período de la historia colonial; una segunda sección que presenta una serie de estudios sobre tres obras clasificadas “entre lo pastoril y lo religioso”, y finalmente una última parte que, a pesar de contener un solo artículo, está consagrada a una obra muy conocida —*Los infortunios de Alonso Ramírez* de Carlos de Sigüenza y Góngora—, y aporta datos de sumo interés sobre la génesis y las motivaciones reales que causaron la publicación de aquel texto.

La primera sección se mueve entre dos textos muy poco estudiados (y hasta hace poco incluso poco conocidos), presentados por Trinidad Barrera y José Pascual Buxó, y dos enfoques novedosos sobre dos obras que presentan elementos ficcionales solo de soslayo: son los dos *Sueños* dieciochescos a los que se dedican José Carlos Rovira y María Isabel Terán. Los elementos que unen textos tan diferentes se pueden hallar en el título de la sección, “Fantasías jocosas y alegóricas”, ya que es justamente el juego inventivo lo que marca estas páginas. Con toda probabilidad tiene razón Rovira al afirmar que todas estas obras son bastante malas y hoy de casi imposible lectura,

pero sus páginas atestiguan una común voluntad de salir de la estrechez de la norma cultural novohispana, y de explorar nuevas modalidades de escritura, que contemplan a estas alturas evidentes motivos narrativos. El estudio que el mismo Rovira dedica a los entramados visuales de *La portentosa vida de la Muerte* de Bolaños, así como la relación entre ficción y teatro que Buxó evidencia en el texto anónimo de los *soñados regocijos de Puebla* confirman además que el siglo XVIII se caracteriza por una poligrafía híbrida, que muy a menudo conjunta géneros y formas de escritura diversos (pensamos, por ejemplo, en otro ámbito geográfico, en un texto como *El Lazarillo de ciegos caminantes*) mostrando una innegable voluntad de experimentación, aunque casi nunca consigan sobrepasar el mero nivel de tentativa fallida.

La segunda parte está dividida a su vez en tres apartados, cada uno sobre un texto: las dos obras pastoriles *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* de Bernardo de Balbuena y *Los sirgueros de la Virgen* de Francisco Bramón, y la alegoría religiosa *El pastor de Nochebuena* de Juan de Palafox. Aquí resulta de verdad imposible aislar artículos del conjunto, ya que todos presentan aspectos de gran interés: de un Balbuena *glocal* a la atención sobre la presencia de la alegoría en varios de estos textos, del análisis del lenguaje poético en el Siglo de Oro a la difusión intra-americana de *Los sirgueros*, hasta la relación siempre muy estrecha en el Barroco entre el texto y la imagen, son todos temas que consiguen reconstruir un universo cultural alrededor de obras que hasta hace poco se consideraban casi solo como piezas arqueológicas.

El último ensayo –de Lorente Medina– se ocupa, como se dijo arriba, de *Los infortunios de Alonso Ramírez* para demostrar, creo ya de manera irrefutable, la naturaleza de “crónica” del texto de Siguencia y Góngora, y la existencia real del

protagonista de las aventuras allí narradas. Podría parecer que la dirección tomada por Lorente Medina vaya en dirección contraria respecto al tema general del libro, pero finalmente no es así: la evidente voluntad del protagonista de distorsionar la verdad, de compendiar y seleccionar los eventos de una biografía tan complicada, constituye en realidad el primer paso para construir lo que en el siglo XIX ya será la base de la novela histórica, y la evidencia de la existencia real de Alonso no niega lo ficcional, sino que lo relaciona inequívocamente con la realidad.

Stefano Tedeschi
(Università degli Studi di Roma, La Sapienza)

Erik Camayd-Freixas: *Etnografía imaginaria. Historia y parodia en la literatura hispanoamericana*. Guatemala: F&G Editores 2012. 233 páginas.

El volumen de Erik Camayd-Freixas, reconocido investigador cubano que tiene una trayectoria importante de estudios dedicados a la literatura hispanoamericana, se señala por su capacidad de abrir interesantes campos de discusión ya desde el título, y el correspondiente subtítulo, a la explicación de los cuales el autor dedica el breve prólogo.

El término “etnografía” va relacionándose así con el auge de esta ciencia en la primera mitad del siglo XX, y con su influencia en el cambio radical que conoce la visión lineal y teleológica de la historia, mientras que el adjetivo “imaginaria” se refiere al papel fundamental que las obras de ficción desempeñan en la práctica de ese cambio en la cultura hispanoamericana. En efecto, la larga lista de novelas y cuentos que nos proporciona el autor, así como la igualmente larga lista de estudios dedicados al tema de la novela histórica en

el continente, justifican plenamente el subtítulo del libro, otorgando una coherencia interna a un conjunto de artículos que abarcan un espacio temporal y geográfico en verdad muy amplio, ya que se empieza por el mundo andino del Inca Garcilaso para llegar al Caribe de Antonio Benítez Rojo y Edgardo Rodríguez Juliá, pasando a lo largo de las páginas del libro por autores fundamentales de las letras hispanoamericanas, como Neruda, Asturias, Carpentier o García Márquez.

Sin embargo, una lectura más atenta de los ensayos contenidos en el volumen de Camayd-Freixas me sugiere otros caminos posibles, y la perspectiva de salir del itinerario sugerido por el subtítulo, itinerario que por otro lado resultaría quizás limitante y repetitivo, justamente por la cantidad casi agobiante de artículos y libros dedicados a la relación entre historia y literatura en el continente.

La referencia a la escritura etnográfica me permite así un enlace quizás muy productivo con las relaciones, siempre peligrosas y sospechosas, que se van dando entre antropología y literatura a lo largo de todo el siglo xx, y que han sido estudiadas de manera exhaustiva, por ejemplo, por Martín Lienhard y sus discípulos: el mismo Camayd-Freixas nos da un ejemplo muy bien logrado de esto en la segunda parte del capítulo dedicado a la lectura cruzada de *Hombres de maíz* y el *Popol Vuh*, cuando examina “tres iconos verbales en los que Asturias codifica su tentativa de reescritura no alfabética del texto maya” (pp. 74 y ss.), o en la reflexión sobre los inicios de la antropología como ciencia y su uso paródico en *Cien años de soledad* (pp. 133 y ss.). El análisis muy puntual del texto da en estas páginas resultados, a mi entender, de gran relevancia, y destaca uno de los méritos más significativos de la labor del investigador cubano: en una producción crítica hoy en día quizás demasiado atenta a los vuelos

teóricos, una aportación basada en cambio sobre precisas y metódicas referencias textuales nos permite apreciar el valor incomparable de este tipo de acercamiento crítico. Camayd-Freixas no se aleja nunca de la materialidad del texto, de su entramado de palabras y alusiones, y la gran cantidad de citas y referencias directas dan testimonio fehaciente de esta estrategia interpretativa.

Por otro lado, el adjetivo “imaginario” usado por un estudioso cubano no puede evitar la reminiscencia del uso lezamiano del mismo adjetivo: Lezama no se cita a lo largo de las páginas del libro, o en sus amplias y muy ricas bibliografías, y sin embargo considero que aletea como un gran numen tutelar en las propuestas de lecturas de Camayd-Freixas. Las alusiones tan repetidas, y tan acertadas, al Barroco se pueden interpretar en este sentido, y se explican justamente recordando el papel que Lezama adjudica al Barroco en su visión de las “eras imaginarias”: de Garcilaso a Carpentier, de Benítez Rojo a las posibles relaciones entre Sigüenza y Góngora y Rodríguez Juliá hay un continuo volver sobre el tema del Barroco; y, sin embargo, las sugerencias del autor resultan siempre novedosas y abren perspectivas insólitas no solo para los especialistas, sino también para un lector atento y no superficial.

Finalmente me parece digna de ser subrayada una última *–last but not least–* cualidad del trabajo de Camayd-Freixas. A estas alturas del campeonato muchas veces nos parece que sobre algunos autores o temas ya no se puede decir nada nuevo y cuando, como estudiosos, nos encontramos frente a libros o artículos dedicados a los gigantes que hemos mencionado más arriba, o a temas como la novela histórica, los miramos con mucha difidencia, cuando no con suma displicencia, y nosotros mismos preferimos no meternos ya con ellos. Nuestro autor no solo tiene la valentía de meterse de plano con un tema como la relación entre historia

y literatura, sino que se atreve a juntar en sus páginas tres premios Nobel con otros tres autores insoslayables, todos ellos con bibliografías críticas ya inmensas. Al final, logra salir de este desafío totalmente entero y entregarnos un texto que nos da mucho que pensar, incluso cuando podamos no estar de acuerdo con sus afirmaciones (y personalmente en algunos casos esto me ha pasado leyendo sus páginas), lo que se aprecia muchísimo en un texto de crítica: considero que no he perdido mi tiempo si reacciono con un “no estoy de acuerdo” y sí, cuando me quedo indiferente frente a páginas olvidables y prescindibles.

Stefano Tedeschi
(*Università degli Studi di Roma, La Sapienza*)

Lucero de Vivanco Roca Rey: *Historias del más acá. Imaginario apocalíptico en la literatura peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos 2013. 222 páginas.

Si una idea queda clara después de leer este libro es que el apocalipsis se configura como un discurso poliédrico, que traspasa las fronteras genéricas y que adopta diferentes tonalidades según quién lo emita. La autora expone la paradoja de utilizar un momento que anuncia el final de los tiempos como base de la nación peruana.

En el primer capítulo, “Apocalipsis y literatura”, Lucero de Vivanco subraya que evidentemente las ideas que se asocian en el Nuevo Mundo con el apocalipsis son trasvasadas del continente europeo, que recogen los viejos temores y expectativas de sus habitantes. Por lo tanto, se encuentran, según Marcel Bataillon, con que “El Nuevo Mundo es el fin del mundo” y tienen la posibilidad de cumplir con las premisas católicas y extender la palabra de Dios a todos los confines de la tierra. Si desde el lado coloniza-

dor puede identificarse el apocalipsis con un rasgo beneficioso, no ocurre así entre los indígenas. Tal y como señala la autora peruana, estos, tras un proceso de sincretismo, asocian elementos del apocalíptico europeo con sus propias creencias. El *pa-chacuti* (que alude a una transformación de la tierra y a un cambio en el orden) busca reestablecer el orden, una idea similar a la que aparece en la Biblia. Si ya existía, por lo tanto, un caldo de cultivo adecuado en el nuevo continente para vislumbrar el final de los tiempos, a ello ayudaron los discursos de dos religiosos españoles: la autora acierta plenamente al seleccionar a Francisco de la Cruz y a Francisco Solano para ejemplificar la doble vertiente apocalíptica, ya que los rasgos de sus sermones seguirán configurando la literatura peruana posterior. En el primer caso, nos encontramos con la herejía dentro de la Iglesia, un religioso amancebado que defiende un cambio radical de las doctrinas religiosas y cuyo discurso busca adaptar la religión a la realidad del virreinato. En el segundo, Francisco Solano pretende infundir el miedo, y utiliza el apocalipsis para intentar que los pecadores de la ciudad limeña reflexionen y cambien. Para ello, no duda en recurrir a fenómenos naturales, como los frecuentes temblores de tierra, para demostrar el fin de los días.

Esta presencia de la idea del apocalipsis sigue desarrollándose en el siguiente capítulo, “De olores (y hedores) a santidad: de Palma a Iwasaki”, en el que incorpora las obras de Iwasaki y De Palma, que reelaboran literariamente este periodo de la historia colonial. Ambos autores utilizan el imaginario anteriormente mencionado y lo hacen como excusa para mezclar ficción e historia. La autora señala la importante utilización de fuentes bibliográficas en las *Tradiciones peruanas*, y reivindica la modernidad del autor al querer equiparar el discurso literario e histórico, ambos válidos.

dos para configurar una identidad cultural. El gran paso, como se señala en el libro, es que la presencia apocalíptica ya no solo tiene un sentido adoctrinador, sino también artístico. No tenemos tampoco que obviar la importancia cronológica, ya que este libro aparece en la segunda mitad del siglo XIX, momento fundamental para la independencia y consolidación como país.

Las vidas de Francisco de la Cruz y de Francisco Solano están presentes asimismo en la obra de un autor contemporáneo, Fernando Iwasaki. Tanto en *Inquisiciones peruanas* como en *Negujón* se intenta boicotear la imagen de una Lima pía y devota, y se centra en el caso de los propios “guardianes de la fe” que caen en el pecado durante sus investigaciones inquisitoriales. Lucero de Vivanco también contesta a la pregunta acerca de la presencia de personajes quijotescos en *Negujón*, y es que la realidad peruana de la época era el lugar idóneo para incorporar estas figuras novelescas.

En los tres capítulos posteriores, la autora sigue analizando importantes obras del canon peruano según su interpretación del apocalipsis: como distopía, como ucronía o como utopía, vinculándolas con los diferentes paisajes naturales: costa, sierra y selva. Perú se convierte en un escenario antagónico al *locus amoenus*, donde la tensión entre las migraciones del campo a la ciudad y la violencia son algunas de sus características. Las caras de la destrucción de este poliedro apocalíptico aparecen en la novela de Arguedas *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y Vargas Llosa lo evoca directamente en *Historia de Mayta*.

El entorno de la sierra genera el apocalipsis como ucronía, un lugar donde el tiempo se detiene. En las novelas localizadas en este escenario, el apocalipsis tiene principalmente carácter social, de denuncia, aunque existen excepciones como *Crónica de San Gabriel*, de Julio Ramón Ribeyro, que Lucero de Vivanco defi-

ne como *Bildungsroman*, un proceso de aprendizaje en el que también tienen cabida los sectores marginados. Las novelas de Scorza tienen un mismo referente histórico: la lucha emprendida por las comunidades campesinas en la Sierra Central en los años sesenta. Si antes existían los profetas que anunciaban la realidad apocalíptica, en la época contemporánea son los textos los que se han impregnado de ella.

En la obra se define la utopía como el lugar inexistente al que lleva la exuberancia de la región amazónica. La grandiosidad y la abundancia originan ideas irracionales, tal como ocurre en *Pantaleón y las visitadoras* de Vargas Llosa o *El príncipe de los caimanes* de Santiago Roncagliolo, en las que resulta imposible encontrar un “buen lugar” en una sociedad tan hostil.

Si hasta ahora la autora se había centrado en analizar cómo afecta la llegada del apocalipsis a una colectividad, el sexto capítulo está dedicado al caso particular de Bryce Echenique, aunque sus personajes, aun cargados de individualismo, representan la sociedad peruana. La trilogía *Dos señoras conversan* abarca toda la geografía peruana y se convierte en una síntesis de las posibilidades apocalípticas. El humor de Bryce trufa la narración y se permite incorporar nombres bíblicos o adaptar los castigos bíblicos a la realidad. Un discurso, el religioso, que indudablemente está presente en el imaginario colectivo del Perú.

Lucero de Vivanco logra demostrar que la idea del apocalipsis ha pasado de inminente, como ocurría en el virreinato con los discursos alarmistas de los religiosos, a inmanente, al estar presente en gran parte del canon literario peruano contemporáneo.

Sonia Remiro Fondevilla
(Universidad de Zaragoza)

Rita de Maeseneer / Ilse Logie (eds.): *El canon en la narrativa contemporánea del Caribe y del Cono Sur*. Genève: Droz. 2014. 349 páginas.

Este volumen agrupa 18 artículos de académicos provenientes de Europa, Estados Unidos y América Latina (Argentina y Puerto Rico) en torno a la idea del canon. Rita de Maeseneer e Ilse Logie proponen una perspectiva particular, ya que los textos se concentran en los casos caribeño y cono-surero. La puesta en discusión de dos espacios pocas veces entrecruzados en la crítica literaria latinoamericanista arroja algunas pistas que permiten, en realidad, una mirada bastante abarcadora sobre la manera en que hoy en día se piensa lo canónico. Los diversos procesos de negociación entre aspectos estéticos, ideológicos, comerciales, nacionales y tecnológicos en la configuración del canon, nos conminan a una desesencialización contraria a la clásica visión de Harold Bloom. Para dar cuenta de la historicidad del canon, las editoras recurren a la diferenciación de Waldo Pérez Cino entre canon, canon crítico y corpus. Mientras el primero responde a su sentido tradicional como noción normatizadora y fija, los dos últimos implican selecciones más abiertas y cambiantes. El canon crítico responde a las modificaciones e inscripciones elaboradas por instituciones y academias de acuerdo a perspectivas de pensamiento más actuales, como la poscolonial y la de los estudios culturales, mientras que el corpus comprendería un “catálogo de relativa movilidad” que surge en un momento y en un ámbito dado.

El libro se pasea por una cantidad impresionante de autores, como Borges, Sarmiento, Lezama Lima, Tomás Eloy Martínez, Tununa Mercado, Sergio Chejfec, Fernando Vallejo, Horacio Castellanos Moya, Roberto Bolaño, Alejandro Zambra, César Aira, Yvonne Denis Rosario,

Ana María Fuster Lavín, Francisco Font Acevedo, Rey Andújar y Rita Indiana Hernández, entre otros, para exponer cuatro ejes tensionantes en torno a la discusión del canon: 1. La literatura global versus la local; en el que la llamada “literatura mundial” (Casanova, Damosch) revela las asimetrías entre los flujos del sistema global que afectan las literaturas latinoamericanas. Resalta aquí la permanencia de ciudades como Madrid, Barcelona y Nueva York como centros visibilizadores de los textos de la “periferia”. De forma equivalente, Buenos Aires se constituye como el centro de la producción nacional. 2. Valor estético-textual versus valor sociológico-contextual; en el que se expresan las dificultades por seguir sosteniendo valores estéticos inmanentes a las obras. Al contrario, lo que prevalece en la actualidad es una conciencia de contingencia porque, tal como expresa Idelber Avelar, es imposible presentar “un concepto trans-histórico del valor estético de la obra” (p. 24). 3. Literatura versus otros medios; en el que se expone cómo la literatura ha ido perdiendo su capital cultural frente a los medios de comunicación y las nuevas tecnologías y cómo, al mismo tiempo, para poder sobrevivir, se reformulan nuevas estrategias para su legitimación (blogs, festivales, lecturas públicas, etc.). 4. Instituciones literarias versus mercado; en el que a la par de los monopolios de las grandes casas editoriales que conllevan una homogenización del género de la novela principalmente y del tipo de producción literaria (“novelitas *light*”, *best-sellers*), asistimos también a la emergencia de pequeñas editoriales independientes que apuestan por propuestas más arriesgadas y que redefinen los papeles de autor, editor y agente cultural.

Las discusiones de los ensayos del volumen están atravesadas por estos ejes tensionantes y han sido distribuidas en

cinco secciones temáticas. En la primera parte, se plantea la discusión sobre los rasgos que han definido lo canónico en la Argentina. Ya sea que el canon funcione como un reproductor del orden social con rasgos excluyentes (José Amícola), ya sea como un campo conflictivo entre proyectos antagónicos de país (Ana María Amar Sánchez) o bien, como la posibilidad de una ética de contigüidad que permita ir más allá partiendo de lo nacional (Miguel François), el canon se va perfilando como una noción dinámica que ya no se presta a la captura petrificadora de lo normativo.

La segunda parte del volumen aborda el modo en que el Canon, con mayúscula, ha sido revisitado por escritores posteriores. Tales son los casos de Tomás Eloy Martínez respecto a Borges (Magdalena Perkowska), Tununa Mercado respecto a Sarmiento (Marta Waldegaray) y Cintio Vitier y Antonio José Ponte respecto a la tradición de Orígenes (Waldo Pérez Cino). Los posicionamientos frente al canon son tan diversas como los son estos escritores: en algunos casos la impronta del canon es contradictoria; en otros es reconfirmada bajo una nueva perspectiva o bien, puede resultar negada del todo.

La siguiente sección se concentra en aquellos géneros que, dada su hibridez, difícilmente resultan canonizados. Las propuestas de Juan Stéphanie Decante y Salvador Mercado Rodríguez resultan novedosas ya que intentan definir formas narrativas hasta ahora poca exploradas y que podrían estar dando cuenta de una originalidad que, aunque con algún que otro antecedente reconocible en Europa, aparece como particularidad del momento histórico latinoamericano que vivimos. La diatriba de autores como Fernando Vallejo, Horacio Castellanos Moya o las novelas “cuentadas” de Ana María Fuster Lavín, Yvonne Denis Rosario y Francisco Font Acevedo ponen en crisis los límites

del canon. Por su parte, los textos de Juan Gelpí y María Paz Oliver abordan respectivamente lo autoficcional en la obra de Font Acevedo y Zambra, y la “literatura de izquierda” propuesta por Damián Tabarovsky. En ambos casos se proponen elementos narrativos como la digresión y la autoficción que resultan difícilmente digeribles en el canon.

Concebidas como instancias de canonización, la cuarta parte del volumen está dedicada a la discusión de antologías. Esta novedosa sección está precedida por una breve introducción de De Maeseneer y Logie sobre el modo en que las antologías responden a propósitos ideológicos, estéticos, pedagógicos o generacionales, así como a las problemáticas que derivan de su intención totalizadora. Dicha intención, finalmente, siempre implica diversos grados de arbitrariedad. Seguidamente, la revisión de las antologías más recientes y/o con mayor impacto tanto a nivel global como dentro o sobre la literatura argentina, puertorriqueña y dominicana resultan útiles para configurar visiones generales sobre las últimas generaciones de escritores del *postboom* y, también, para dilucidar los complejos procesos de negociación entre las diferentes instancias que intervienen en la elaboración de estos libros como lo son el mercado internacional, las instituciones públicas, el público lector (local o extranjero), las redes virtuales y el aprovechamiento de nuevas tecnologías para la autopromoción. La comparación entre las varias antologías publicadas dentro y fuera de América Latina que presentan las editoras y María Caballero Wangüemert confirma las asimetrías de la literatura mundial y la construcción homogeneizadora de una literatura continental desde los centros editoriales del sistema-mundo.

La última parte del libro está dedicada a las obras de Zambra y Ponte. La primera subsección expone las diferentes reflexio-

nes de ambos escritores a partir de entrevistas que ofrecieron en 2012 dentro del marco del coloquio internacional “El canon en la prosa contemporánea del Caribe hispano y del Cono Sur” de la Universidad de Amberes. La última subsección compuesta por los ensayos de Bieke Willem y Nancy Calomarde se detiene en los análisis de obras específicas de estos autores y su relación con el canon. Ambos escritores exponen los procesos y criterios en la construcción de sus respectivos cánones personales y la relación que estos guardan con sus marcos nacionales. Sin embargo, dado el peso de los imaginarios nacionalistas de la Revolución Cubana, a diferencia de Zambra, Ponte no está interesado en constituir un canon que se vincule a una identidad nacional. Su labor estriba más bien, según Calomarde, en desmontar la teleología insular.

Como se puede apreciar, el volumen de Maeseneer y Logie ofrece una mirada abarcadora que busca cubrir las distintas aristas que configuran lo canónico. Se trata de mostrar la combinación de intereses, medios y actores que intervienen en estos procesos de selección y exclusión. De modo que, aunque restringido a los campos caribeño y conosureño, este libro es igualmente pertinente para aquellos interesados en analizar los procesos de legitimación cultural en el resto de América Latina. Por otro lado, en un presente de “post-autonomía” literaria, este libro llama la atención sobre la necesidad de modificar los estamentos en los que se fundó la idea clásica de canon. De otro modo, lo canónico quedará reducido a mero material arqueológico.

Magdalena López
(Centro de Estudos Comparatistas,
Universidade de Lisboa)

María de los Ángeles Romero: *Narrativa de la violencia: el hiperrealismo de Rubem Fonseca y Fernando Vallejo*. Montevideo: Antithesis 2014 (Hermenéuticas/2). 166 páginas.

En las últimas cuatro décadas, la literatura de la violencia en Latinoamérica, especialmente la de México, Brasil y Colombia, se ha convertido en un nuevo paradigma narrativo. Donde antes existía lo real maravilloso, ahora existe un hiperrealismo violento. Donde antes se retrataban héroes y guerrilleros, ahora se retratan delincuentes y criminales. La literatura latinoamericana ha pasado de la novela de la tierra a la novela de la urbe, una urbe sin filtro donde reina la barbarie. La violencia, entonces, aparece en la literatura iberoamericana contemporánea como una marca, como un rasgo constitutivo que la convierte en un paisaje naturalizado, quizás hasta idiosincrático.

Críticos como Ariel Dorfman (1970), Celina Manzoni (2005), Óscar Osorio (2005), Betina Kaplan (2007), Yasmin Temelli (2011) y Gabriela Polit Dueñas (2013) discuten y proponen diferentes aproximaciones a las formas específicas que la temática de la violencia representa *en y para* la literatura de América latina en los últimos años. Parecen encontrar en la retórica de la violencia una característica distintiva de la narrativa e identidad latinoamericanas. La violencia, además, viene de la mano de narraciones hiperrealistas que conmocionan al lector tanto por el contenido como por la forma. *Narrativa de la violencia: el hiperrealismo de Rubem Fonseca y Fernando Vallejo* (2014) de la autora María de los Ángeles Romero se ocupa precisamente de este tema y ofrece diferentes claves de interpretación para comprender la problemática de la violencia como objeto artístico.

Romero (Montevideo 1961), magíster egresada de la Universidad de la República (UDELAR) y profesora de diferentes

institutos de enseñanza secundaria, explica que el hiperrealismo se presenta como una estrategia para retratar la violencia; se trataría, para ella, de una estética que incita la discusión sobre el arte y la vida. Tal ‘estética del horror’ tal vez no revele nada nuevo, pero sí invita a la contemplación de condiciones de vida degradadas y degradantes que abren nuevos espacios para la reflexión. La autora uruguaya propone a los autores Rubem Fonseca (Brasil) y Fernando Vallejo (Colombia) “como impulsores de una estética realista, sustentada en la violencia” y estrechamente vinculada con la religión (p. 11). Ambas narrativas impactan por la violencia temática así como por el ángulo de visión desde el que se narran las escenas. Se trata de proyectar la bestialidad de un acontecimiento exterior desde la realidad interior de quien la describe (p. 67).

A partir del análisis de los cuentos “Feliz ano novo” (1975) y “O cobrador” (1979) del escritor brasileño y de la novela *La Virgen de los Sicarios* (2002) del autor colombiano, Romero ejecuta su análisis centrándose en la violencia y la vida del marginal en las metrópolis. La obra de Fonseca —afirma la autora— refleja un pesimismo nietzscheano ante una crueldad que afecta la representación de la vida cotidiana a nivel intratextual y al lector en un nivel metatextual. Los narradores de Fonseca agreden al lector, no solo por lo que narran, sino también por el lenguaje con el que lo narran. Por otro lado, en cuanto a la obra de Vallejo, Romero señala que parte de su estrategia narrativa consiste en glosar el habla del marginal y en exponer una cultura de la acumulación como crítica a un sistema capitalista brutal en el que se fundamenta la violencia sistémica. Así, los excesos del habla vulgar y de un materialismo obsceno convierten a la obra de Vallejo en una narración que hiperboliza e ironiza la realidad.

Parte de esa ironía gira también en torno al mundo espiritual de los personajes. Romero entiende la violencia y la religión como dos caras de una misma moneda. A propósito de esta noción, la autora retoma conceptos clásicos sobre lo apolíneo y lo dionisiaco, Eros y Tanatos, así como las ideas de Friedrich Nietzsche sobre el bien y el mal, y de Mircea Eliade sobre lo sagrado y lo profano para explicar la destrucción de los valores judeo-cristianos, la abyección de lo angélico y la objetivación del deseo material a través de la violencia en la sociedad actual. El corpus analizado ejemplifica la subversión de valores como aquello que gobierna el mundo contemporáneo y al mundo contemporáneo como el lugar en donde el bien y el mal se vuelven ambivalentes. En este orden de cosas, los personajes son criminales con fe, que confían el éxito de sus crímenes a santos y Vírgenes. La dualidad del mundo religioso, explica Romero, corresponde a la separación entre las clases poderosas y las oprimidas. De ahí que las pulsiones de la vida y de la muerte se enfrenten entre sí e impregnen las actividades de la vida diaria con toda desnudez.

Narrativa de la violencia: el hiperrealismo de Rubem Fonseca y Fernando Vallejo es un trabajo que refleja los cambios operados por la barbarie urbana en la cultura latinoamericana, particularmente en Río de Janeiro y Medellín. Pero más exacto será decir que esos cambios se reflejan en las tendencias culturales y literarias, a veces contradictorias de la región. En este sentido, el libro de Romero contribuye a comprender una realidad violenta y su abordaje estético a través del estudio tanto de la obra de Fonseca como de la de Vallejo. Su análisis es un intento sensible y documentado de entender ambas narrativas desde una perspectiva estética. *Narrativa de la violencia* es una oportuna adición a las múltiples voces que vienen intentando

desmarañar la temática y la representación de la violencia en Latinoamérica.

El libro de Romero es realmente un abanico de temáticas y representaciones de la violencia que van más allá de los contextos particulares de los escritores y sus obras. Como dice la misma autora en su reflexión final, su trabajo plantea varios planos teóricos –quizás demasiados– que pueden servir a una variedad de lectores e intereses de lectura. No obstante, un acercamiento teórico más selectivo podría haber beneficiado ampliamente su análisis. Entre los muchos teóricos y críticos mencionados por la autora, aparecen György Lukács, Roman Jakobson, Antonio Candido, Jaime Rest, Terry Eagleton, Hannah Arendt, René Girard, entre otros también pertinentes aunque no necesariamente imprescindibles para el análisis ejecutado. Las ideas de Slavoj Žižek, sin embargo, merecían más desarrollo. Sobre todo, porque Romero sugiere que el hiperrealismo implica un estilo narrativo salvaje, una manipulación exagerada del discurso realista y porque, en muchos sentidos, el hombre es más violento que otros animales no solo por sus acciones, sino precisamente porque habla. Como plantea Žižek en *Violence: Six Sideways Reflections* (2008), la violencia se manifiesta en la comunicación cotidiana y puede infectar el lenguaje, debido a circunstancias patológicas que distorsionan la lógica de la comunicación. Más aún, es esta violencia viral la que lleva a los personajes marginales a formar nuevas comunidades que el libro no explora más allá del aspecto religioso o de un *ethos* acaso perverso o distorsionado. Dichas comunidades son sin duda no solo comunidades de sobrevivencia alternativa, sino que alternan peligrosamente con los discursos oficiales y la normatividad social.

Tales comunidades integradas por personajes lumpen se constituyen en enclaves sociales distópicos; no son siquiera

espacios heterotópicos, es decir, aquellos espacios que, al entender foucaultiano, serían espacios simultáneamente aceptados y rechazados; espacios que están dentro, aunque al margen de la norma social. Las comunidades marginales en los trabajos de Fonseca y Vallejo no son espacios cuya anormalidad se legitime por una aceptación de lo marginal dentro de la sociedad, sino que se implantan inevitable e ilegítimamente dentro de la misma. Se encuentran a la vez fuera y dentro de la estructura social.

Narrativa de la violencia es, con todo, una importante contribución al análisis actual de la literatura latinoamericana. Su lectura puede beneficiar tanto a aquellos que estén interesados en saber más sobre la estructuras que subyacen a las narrativas de la violencia como a aquellos que deseen ampliar sus conocimientos acerca de autores, hoy canónicos, como Rubem Fonseca y Fernando Vallejo. El libro, en suma, integra juicios de valor ético y estético con las urgencias de una época marcada por extremas desigualdades y luchas sociales.

Lorena Cuya Gavilano
(Lycoming College, Williamsport)